

Carta de La Habana

Al paso del huracán

Antonio José Ponte

A Rafael Rojas

La de este año ha sido, en el Caribe y el Atlántico, una visitadísima temporada ciclónica. La más activa desde que comenzaron a llevarse registros, hace ya siglo y medio. Agotadas las letras del alfabeto latino, con la aparición de la tormenta vigésimosegunda las autoridades meteorológicas han tenido que recurrir al alfabeto griego. (Listas de veintiún nombres aguardan por las temporadas venideras. Compuestas exclusivamente por nombres femeninos hasta 1953, mujeres y hombres aparecen desde entonces dentro de ese gentío a evitar.) Y de acuerdo a los especialistas el repunte de actividad ciclónica podrá extenderse durante una veintena de años.

Mientras tanto, un equipo con sede en Lexington, Massachusetts, estudia el modo de desviar ciclones. En las pantallas de sus computadoras el tifón Iniki no barre el archipiélago hawaiano tal como hiciera en 1992, sino que cruza a cien kilómetros al oeste. El equipo, dirigido por el meteorólogo Ross Hoffman, trabaja no sólo sobre el curso de los meteoros, sino también sobre sus intensidades: ha logrado disminuir los vientos del huracán Andrew (también del año 1992) de categoría 3 a categoría 1 en la escala Saffir-Simpson.

Varios son los métodos que podrían aplicarse en la lucha contra los huracanes. Lo imprescindible es conocer en cada caso el punto exacto donde concentrar la acción humana. Un ejemplo: con sólo elevar dos grados centígrados la temperatura marina al oeste del ojo del tifón Iniki se consiguió sacar a éste mar adentro, donde no tocara tierra. Todavía en simulación cibernética, por supuesto.

Ahora bien, ¿cómo lograr ese aumento de temperatura fuera de las computadoras? Una planta energética solar situada en el espacio podría encargarse de ello. El doctor Hoffman y su equipo han imaginado otras artimañas: pinchar las nubes hasta desaguarlas, cubrir el mar con acei-

te biodegradable (la capa de aceite cortaría al enemigo los suministros)... Ha llegado a pensarse en una flota de barcos provista de turbinas a reacción capaces de crear una suerte de contratormenta que aleje al huracán o reduzca sus fuerzas.

Pero falta al menos una década para que tales proyectos puedan llevarse a práctica. Veinte años durará la suma agitación del aire por estas regiones, y, viendo que se aproximaba el más reciente huracán, cerré mi casa del mejor modo y, decidido a resistir, me armé de provisiones. Lámparas recargables en primer lugar. Algunas conservas, galletas y queso principalmente. (De queso y galletas suele estar compuesta en Cuba la comida que se ofrece en los funerales, cuando brindan algo de comer. Y es curioso que se acuda a igual dieta a la hora de enfrentar un ciclón.) Agua potable, una radio de pilas y, por último, un libro lo más voluminoso posible.

Que esta vez resultó ser el tratado de Fernando Ortiz acerca del huracán y sus mitologías. (Me tentaba otro por donde cruza un ciclón: *Oppiano Licario*, la novela inacabada de José Lezama Lima.) Claro que podrá entenderse como redundante la elección de leer acerca de huracanes mientras se aguarda la visita de uno de ellos, pero aquí valdría aducir que, igual a los meteorólogos del equipo de Hoffman, trabajaba con simulacros para alejar tempestades.

Alcancé, con electricidad todavía, a ver imágenes de la destrucción en Yucatán. En el mapa meteorológico (me gustan los mapas, aunque nunca tanto como de junio a noviembre) el cono de probables trayectorias, un haz compuesto por augurios de distintas fuentes, sombreaba el occidente cubano e incluía a La Habana. «Como un inmenso conjuro la ciudad clavaba su ataúd», inicia Lezama Lima el capítulo sexto de *Oppiano Licario*. «Por todas partes la madera y los clavos en un martillar que volvía sobre sus pasos, como en un ritual de magia para conjurar a los demonios errantes a horcajadas sobre un viento del noroeste que comenzaba a ulular.»

Me encerré, pues, en casa. En el libro. Fernando Ortiz compuso *El huracán. Su mitología y sus símbolos* determinado a explicarse la imagen repetida en ocho objetos arqueológicos indocubanos: una cabeza y dos brazos alabeados que salían de ella. (De los ocho objetos, dos resultaron ser falsificaciones. Ortiz consignaría: «Varios indicios nos permiten creer que conocemos al autor de ambas falsificaciones».) Rara imagen en un arte nulo en dinamismos, lo más extraño es que no se encontraran ejemplos similares en las islas vecinas, por lo que Ortiz

llegó a considerarla como la más típica de las figuras simbólicas de Cuba.

Consiguió sintetizarla hasta obtener un círculo y dos líneas en forma de sigma a los que apreció como símbolo de lo rotatorio. Comparó incansablemente mitologías del Viejo y del Nuevo Mundo. («No hay por qué acumular más ejemplos», interrumpió una de sus enumeraciones, para abrir de inmediato llamado a pie de página y depositar abajo otra carga de ejemplos.) Examinó códices, estatuillas, templos, armas, tronos, fragmentos cerámicos tildados por él de «tiestería arqueológica»: todo aquello que conteniendo símbolos de tormentas sobreviviera a éstas. Y al final de su excursión quedó convencido de hallarse ante la imagen del dios antillano Huracán, Hurakán, Jurakán o Jurrakán. (Ortiz leía la rotación sugerida por la figurita de afuera hacia adentro, centrípetamente. De entenderla en sentido contrario su hipótesis de identificación no se sostendría.)

«Los mismos símbolos gráficos o glípticos, que se reproducen en frisos, cenefas, edificios y vasijas, también se repiten en la plástica coreográfica», estimó. Y obtuvo así licencia para interpretar juegos y bailes en el capítulo más sobresaliente del volumen: «La danza del huracán». (Luego de excursión tan desesperante por lo meticulosa, esas páginas brillan como un juguete.) Compuesto su libro a lo largo de 1944 y 1945, al autor de *El huracán* no se le escapó que la imagen interrogada por él constituía una media svástica. Debió de leer sigmas, espirales, serpientes, dragones, svásticas y, dado lo candente de esta última representación, se impuso cautela.

Del sentido sinistroverso o levógiro de la svástica nazi (considerando centrípeto el movimiento de sus aspas) dedujo lo siniestro del símbolo. Recordó cuán poco había servido a la última emperatriz de Rusia cubrir los muros de su calabozo con svásticas como amuletos. «Fue que hubo fuerzas de una magia superior», intentó explicarse la posterior ejecución de la soberana, «o quizás fue porque la emperatriz pintó las svásticas en forma sinistroversa». Paradójicamente, acto seguido Ortiz pasaba a imaginar la futura utilidad política de la media svástica indocubana, tan sinistroversa como la entera svástica nazi o las inscriptas por la zarina: «Si un día hubiese de desatarse en Cuba una revolución que destruyera como un huracán y creara de nuevo como un soplo de génesis, quizás su más genuino y expresivo emblema sería el que muchas centurias atrás lo fue de los indios cubanos, nacido de su mentalidad y reverenciado en sus ritos». (Entre las conclusiones de su

tratado dejaría la siguiente advertencia: «Símbolo propicio por varios conceptos para los alegorismos nacionalistas de Cuba. Ojalá nadie lo interprete en nuestra patria como una semisvástica cavernaria...»)

Llegaba yo al final de las quinientas páginas cuando pude abrir la casa. De una península a otra, de Yucatán a Florida sin tocar la isla, el huracán trajo al occidente cubano, si no rachas y precipitaciones temibles, inundaciones del mar como nunca antes se vieran. «Por los quicios, como fuentes para enanos, entraba el agua, daba un pequeño salto para su acomodación y después se extendía con la mansedumbre del sueño», puede leerse en *Oppiano Licario*. Pero la crecida del mar no fue, como en Lezama Lima, un manso sueño, sino una pesadilla donde mucha gente perdió sus pocos bienes.

La ciudad apestaría a marisma durante días. Iban a fallar la electricidad, el gas y los teléfonos. De considerar que la revolución avisada por Fernando Ortiz llegó a Cuba una década y media después de publicarse *El huracán*, el símbolo propuesto en esas páginas ha sido desatendido hasta ahora. Menos mal, puesto que ya en tiempos de Ortiz la imagen del dios Huracán coincidía, casi sin variaciones, con el símbolo que adoptara (y que utiliza aún) la mayor institución meteorológica estadounidense para seguir la pista a los ciclones. La revolución cubana habría impuesto como emblema propio tal símbolo y cualquier mapa meteorológico de los que ahora consultamos cobraría visos geopolíticos, sería un motivo más en la trifulca entre La Habana y Washington.

«En suma, nada más cultural que la atmósfera, nada más ideológico que el tiempo que hace», anotó Roland Barthes en un libro donde intentaba explicarse a sí mismo mediante algunas imágenes.